

UN ARQUITECTO QUE CONSTRUYE CON AIRE

Sobre la obra de Manuel Blanco Lage

PUBLICADO EN

Poetica Architectonica. Ed. Mairera. Madrid, 2014

UN ARQUITECTO QUE CONSTRUYE CON AIRE

Sobre la obra de Manuel Blanco Lage

Nada por aquí, nada por allá, y como por arte de birlibirloque, las preciosas encuadernaciones de las Colecciones Reales españolas se hicieron presentes ante nosotros, como flotando en el aire, y nos parecieron a todos que eran lo más valioso que el mundo hubiera. Y todo ello por arte del arquitecto que con su montaje había hecho posible tamaño milagro. Más que un montaje, se diría que era una instalación, al modo de un artista, tan precioso era aquello.

¿Se imaginan ustedes que un arquitecto diseñara con aire? Yo cada día tengo más claro que los mejores arquitectos lo hacen así. Es más, son aquéllos que, como bien decía Fisac, son capaces de humanizar ese aire. “La Arquitectura es un trozo de aire humanizado”, decía el maestro.

¿Se imaginan ustedes que un arquitecto, al diseñar una Exposición, consiguiera que las piezas expuestas se mostrasen en todo su esplendor desapareciendo el diseño que las sustenta? Pues así, como hechas con aire, capaces de poner en valor los contenidos expuestos, son las exposiciones maravillosas de Manuel Blanco.

¿Recuerdan ustedes el marco de Las Meninas de Velázquez?, pues yo tampoco.

Nada por aquí, nada por allá, y como si de un juego de magia se tratara, Manuel Blanco colocó las piezas de la exposición sobre Roma en las salas del Canal de Madrid de tal manera que parecía que aquello era un museo romano en la mismísima Roma.

Nada por aquí, nada por allá, y las ciudades españolas, en la exposición Nosotras las ciudades en Atenas, se nos mostraban en una inusitada visión con su más moderna y hermosa faz, la mejor arquitectura hecha en España en los últimos años. No se borra de mi memoria a una divina Irene Papas recorriendo encantada esta exposición de la mano de Manuel Blanco, pues son viejos amigos.

Nada por aquí, nada por allá, y los cientos de dibujos que colgaban del aire como si de hojas de aquel Árbol de la Creación se tratara, en la MA Gallery de Tokio, se ponían al alcance del espectador sublimados, como la cosa más natural. Por aquella exposición que me hizo Manuel Blanco desfilaron aquella tarde desde Tadao Ando hasta Toyo Ito. Y Kengo Kuma, y Toshio Nakamura y hasta Kazuyo Sejima. Todos elogiaron el acertado montaje.

Hasta para los títulos para dar nombre a sus exposiciones acierta.

Y en todas ellas, y mira que Manuel Blanco ha diseñado exposiciones, siendo muy distintas y con propuestas todas muy originales, late ese desaparecer para que lo que se expone se haga presente. Más que de humildad, un arquitecto jamás debe ser humilde, se trata de la más impecable y absoluta profesionalidad, de un no sé qué que queda en el aire y que desaparece y que habla del gran arquitecto que es.

Vemos con demasiada frecuencia, en exposiciones temporales y también en exposiciones permanentes, una voluntad de notoriedad por parte del arquitecto que diseña esa exposición, que hace que lo expuesto quede ahogado en aras de la gloria del diseñador del marco. Arman demasiado ruido para que se les note.

¿Se imaginan ustedes que un día aparecieran Las Meninas de Velázquez enmarcadas en un marco tal que fuera capaz de distraer nuestra atención sobre la obra del maestro?

Manuel Blanco calla en sus exposiciones e invita al espectador al silencio que prelude al respeto que provoca ante las piezas expuestas. Con un gran sentido pedagógico. Como debe ser.

Yo no puedo menos que agradecerle cuánto ha puesto, lo mejor, en mis exposiciones.

Mi mayor acierto fue llamarle, por indicación de Roberto Turégano, para que montara mi exposición en el Crown Hall de Chicago en 2002. La invitación procedía de Francisco de Blas destinado entonces en el Cervantes de Chicago y a quien yo había proyectado su casa en Madrid, y de Donna Robertson, a la sazón Decana de la Escuela de Arquitectura del ITT de Chicago, con sede en el edificio de Mies Van der Rohe, el Crown Hall. Aquello fue como un sueño. Pues allí, en brazos de Mies, Manuel Blanco montó una bellísima exposición que siendo muy Mies era a la vez muy Campo Baeza. Un acierto pleno.

Al poco tiempo nos pidieron la exposición para el Urban Center de Nueva York. La sala, muy bien situada, en el Rockefeller Center, era mucho más pequeña. Pues también allí supo colocar las piezas justas de la manera justa. Como si de joyas se tratara. Todos alabaron el contenido y el delicado continente. Desde Richard Meier a Kenneth Frampton. Desde Steven Holl a Massimo Vignelli ¡y mira que Vignelli sabe de esto!

Luego la exposición se trasladaría a Hagia Irene en Estambul. El espacio, esta vez, además de bellissimo, era inmenso. Una vez más acertó nuestro arquitecto en la escala de la exposición que llenó aquel magnífico espacio de la manera más adecuada. Esta vez fue Tadao Ando, como espectador, quien no se recató en sus elogios al acertado montaje y a su autor.

Y más tarde la Basílica de Palladio donde sólo se expone a los arquitectos que han pasado ya a la historia. En aquella ocasión Manuel Blanco brindó sus mejores maneras de orfebre y puso en el aire una exposición bellissima que habría hecho las delicias del mismísimo Palladio.

Y después la Galería Ma en Tokio. Los de Toto me propusieron una exposición que, tras superar la tentación de hacerla yo mismo, puse en buena hora en manos de Manuel Blanco. Y de nuevo acerté. “El árbol de la vida”, así tituló este montaje, que era verdaderamente eso. Los cientos de dibujos suspendidos en el aire parecían como miles de hojas de aquel árbol ya crecido de la vida de un arquitecto. Algunas maquetas ponían el contrapunto adecuado. Y allí, generosos, estuvieron todos los arquitectos japoneses. Desde Tadao Ando hasta Toshio Nakamura que fuera muchos años el alma de A+U. Y

Toyo Ito, y Kengo Kuma y Kazuyo Sejima. Todos estaban presentes alabando aquel magnífico montaje de Manuel Blanco.

Y el último, el año pasado, en el MAXXI de Roma. ¿Es posible exponer la obra del radicalmente esencial Campo Baeza en brazos de la más exuberante arquitecta del panorama actual que es Zaha Hadid? Manuel Blanco lo hizo posible. Apostó una vez más por el silencio y dentro del fragor de aquellos espacios creó un remanso de paz donde la obra expuesta estaba en su sitio. Acertó en recogerse, en recogerlos, en una zona acotada del amplio museo, midiendo bien sus fuerzas de manera que la exposición ganara aquella batalla romana. El eficaz apoyo de Margherita Guccione fue clave en el éxito de esta exposición.

La última exposición de Manuel Blanco que he podido visitar, es la de las Encuadernaciones de las Colecciones del Palacio Real en el propio Palacio Real de Madrid, con la que comienza este artículo. En un ambiente teñido de absoluta sobriedad parecía que los libros, en aquellas maravillosas urnas tan de Manuel Blanco, flotarían. Y entre todas aparecía una pieza hermosísima, una corona circular suspendida con cables en el aire. Como los libros pesan, y más los mejor encuadernados, Manuel Blanco llamó a Víctor Martínez Segovia, uno de los mejores Ingenieros de Caminos de España, para que le aconsejara y calculara aquello. Y es que Manuel Blanco se sabe rodear siempre, para todo, de los mejores colaboradores. Quiso el destino que aquella pieza magnífica fuera la última calculada por Víctor Martínez Segovia, que ya no pudo asistir a la inauguración.

Y en toda esta labor expositiva se muestra la talla de Manuel Blanco como arquitecto. Y es que sus exposiciones son verdaderos proyectos de Arquitectura. Con un entendimiento patente del espacio en el que se incluyen. Con una claridad expositiva que permite entender muy bien todo lo que allí se quiere transmitir. Con un resultado formal siempre brillante que nunca vela el brillo de lo expuesto. Lo que siempre han hecho los mejores arquitectos.

No en vano Manuel Blanco es uno de los más prestigiosos catedráticos de la ETSAM donde habitualmente enseña. Y de los más queridos por los alumnos. Con esa dimensión docente, pedagógica, que asoma hasta en los catálogos de sus exposiciones que acaban siendo libros imprescindibles sobre esos temas. Para eso llama a los mejores diseñadores gráficos, como Roberto Turégano, y a los mejores impresores como Tito Ferreira.

Manuel Blanco no es sólo catedrático de Composición de la ETSAM desde 1986. Es también una de las personalidades más internacionales de nuestra Universidad. Recuerdo una reciente comida en Columbia University en Nueva York con Kenneth Frampton donde ambos hablaron de sus mil amistades en común de la vida académica y cultural de la ciudad americana. Frampton estaba sorprendido con él, y yo con ambos.

Hay un precioso texto de Ortega, “Marco, traje y adorno”, que parece que hubiera sido escrito para Manuel Blanco. Tan se ajusta al espíritu con que Manuel Blanco hace sus exposiciones: “el marco no atrae sobre sí la mirada. La prueba es sencilla. Repase cada

cual sus recuerdos de los cuadros que mejor conoce, y advertirá que no se acuerda de los marcos donde viven alojados.” Y sigue “la asociación de marco y cuadro no es accidental. El uno necesita del otro.” Y todavía más “la relación entre uno y otro es, pues, esencial y no fortuita.”

Y “el acento no se acentúa a sí mismo, sino a la letra bajo él.” Pues así querría, también yo, que estas palabras que ahora enmarcan la figura de Manuel Blanco no resten un ápice, sino todo lo contrario, a su extraordinaria valía.